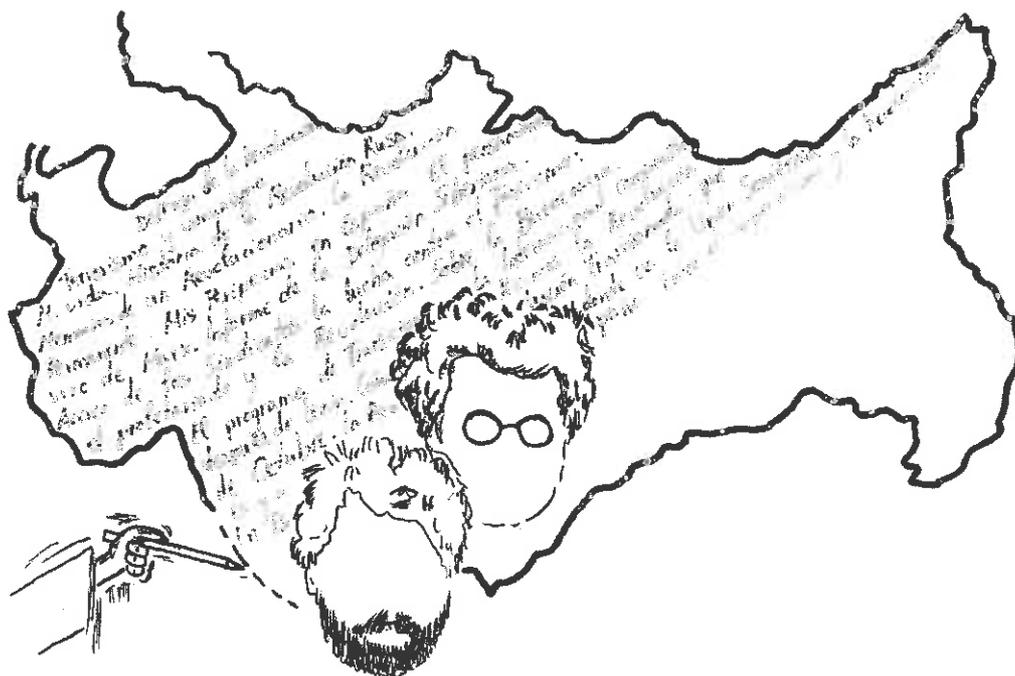


# EL TROTSKY DE ŽIŽEK: UNA PROVOCACIÓN NECESARIA.

JAIME ORTEGA REYNA Y VÍCTOR HUGO PACHECO CHÁVEZ<sup>1</sup>



53

## I. Introducción

A nadie le queda duda que Slavoj Žižek, intelectual esloveno, es quizás una de las figuras que más controversias levanta en cuanto escribe o publica algún texto. Desde su particular mirada de Lacan, hasta sus ensayos sobre Lenin<sup>2</sup>, ha despertado un curioso interés dentro de la izquierda marxista y más allá de ella. En los últimos tiempos ha llegado a nosotros la presentación que hace al texto de León Trotsky titulado *Terrorismo y Comunismo*<sup>3</sup>, un opúsculo redactado con la finalidad de polemizar, en el año de 1920, con la mayor figura de la socialdemocracia alemana: Karl Kautsky. Decimos que es una provocación –la de Žižek– porque coloca el texto y al autor de una forma tal que se vuelve obligatorio pensar y re–pensar algunas de las cuestiones que damos por obvias en la historia del comunismo y de la teoría que le dio sustento en tanto que movimiento político.

El texto de Trotsky le da la posibilidad de lanzar una doble provocación: ¿es posible reivindicar a Trotsky en la época más compleja de la revolución rusa sin caer en la más burda idea-

lización? Pero también ¿podemos aún hoy, en pleno siglo XXI teorizar una política comunista a partir de la experiencia de aquella revolución? Trataremos de localizar los puntos problemáticos de ambas interrogantes que nos surgen al leer a Žižek.

Para Žižek lo primero que hay que hacer es borrar la:

aburguesada imagen de Trotsky popularizada por los mismos trotskistas actuales: Trotsky el libertario antiburocrático del Terremoto stalinista partidario de la auto organización de los trabajadores, defensor del psicoanálisis y del arte moderno, amigo del surrealismo<sup>4</sup>.

*Terrorismo y comunismo* presentará otro Trotsky poco conocido, ni edulcorado por sus seguidores, ni mediado por el fantasma del «estalinismo». Apunta Žižek:

Nada tiene de extraño que de *Terrorismo y comunismo* renieguen incluso muchos trotskistas, desde Isaac Deutscher hasta Ernest Mandel.



La provocación de Žižek no es para nada menor: el asunto es como la figura de Trotsky y su teorización crítica de la democracia de tipo parlamentario (que era defendida por Kautsky) tiene validez hoy, y que en su expresión literaria la corriente heredera de su nombre tuvo gran dificultad para asimilarla<sup>5</sup>. Se trata de un periodo de la historia de la Unión Soviética muy complejo: el que va del comunismo de guerra implantado durante la guerra civil –basado principalmente en la requisita del grano a los campesinos– a la instauración de la Nueva Política Económica (mejor conocida como NEP), pasando por la discusión de los sindicatos.

54

Žižek reivindica la adopción de la política de comunismo de guerra como necesaria ante la gran cantidad de ataques, tanto internos como externos que recibía el naciente Estado revolucionario. La historiografía conservadora busca utilizar el tránsito del comunismo de guerra a la NEP como un momento visible del pragmatismo político a favor de la conservación del poder, abandonando la «locura» del comunismo de guerra, por una sensata introducción de reformas que alentaban el mercado. Cuando en realidad, el comunismo de guerra fue una política necesaria ante la intervención extranjera, cuya finalidad era reconstruir algo de la economía destrozada por la guerra civil y fortalecer la perspectiva revolucionaria ante los múltiples intentos de intervención que asediaban el naciente poder<sup>6</sup>, o como dice Doménico Losurdo, la guerra fría –que era algo más que pura intriga, sino sobre todo intervención imperialista– en realidad comenzó en 1917 con la revolución de octubre<sup>7</sup>. El paso a la NEP no pudo ser posible sin el comunismo de guerra, cuestión que para Žižek no debe ser leída ni entendida como un cambio puramente pragmático en pos de la conservación del poder a la manera de la historiografía dominante.<sup>8</sup> Esto sin embargo abre una discusión que Žižek apenas toca y que nos atañe el día de hoy ante las numerosas reformas de mercado que se proponen, por ejemplo, en países como Cuba, en lo que respecta a la introducción del *socialismo de mercado*. La pregunta es precisamente si la NEP ideada por Lenin es efectivamente lo que hoy conocemos como socialismo de mercado, o más bien como una redefinición del papel del campesinado en la sociedad. Es esta, induda-

blemente, una discusión teórica y política que habrá que dar en su momento, cuando existan más elementos para el análisis. Pero sigamos con Žižek y las consecuencias de su planteamiento.

La historiografía conservadora, mejor conocida como escuela del totalitarismo<sup>9</sup> –que inicia con las memorias de los derrotados por la revolución– ha insistido en que tanto el «comunismo de guerra», como la NEP o posteriormente el proceso de industrialización y colectivización estaban destinados al fracaso, en tanto que el propio proyecto del comunismo no es más que una forma absurda –y hasta criminal– de concebir el mundo<sup>10</sup>. Así, del comunismo de guerra a la NEP lo que priva es solo un poco más de racionalidad –dada por el mercado – a un proyecto irracional, como si aquellos asaltantes del cielo se hubiesen arrepentido en aras de un desarrollo progresivo y lineal de la historia, pero ante todo privara una búsqueda por conservar el poder a toda costa. Hay que mencionar que solo recientemente, Doménico Losurdo ha explorado la posibilidad de entender el abandono de la NEP como una restauración de un momento mesiánico de la revolución rusa, que tenía como miras la abolición del dinero y el establecimiento de una igualdad plena, o lo que, en palabras del historiador Figues es una «profunda sensación de resentimiento plebeyo»<sup>11</sup>. Esta posición, tan significativa y relevante para cualquier discusión sobre el socialismo, en tanto que expresión de la fuerza social de la sociedad que busca una libertad absoluta, dándose no una legitimidad por una vía cuantitativa –las elecciones– ni siquiera institucional, ha sido una de las principales huellas de la discusión que algunos han sostenido recientemente con el propio Losurdo, destacando, el trotskista Jean Jacques Marie<sup>12</sup>. Nuevamente estamos ante la pregunta sobre la que tenemos que reflexionar en pos de utilizar la experiencia histórica –lo que supone una ruptura con el paradigma del totalitarismo, algo que el trotskismo no ha hecho por completo– en los desafíos de nuestro tiempo: si efectivamente la NEP fue la introducción de «racionalidad capitalista», o sea el ingreso del pleno funcionamiento del mercado en el proyecto socialista. Insistimos que estas son preguntas abiertas en gran medida por la experiencia de China y

## El Trotsky de Žižek: una provocación necesaria

más recientemente –y también de manera más cercana y espinosa– por la coyuntura cubana.

Volvamos a Trotsky: efectivamente, el texto *Terrorismo y comunismo* ha sido descalificado no solo por Mandel o Deutscher, afamado dirigente político el primero, biógrafo de Trotsky el segundo, sino también por algunos más cercanos a nuestro tiempo, como por ejemplo el filósofo francés Daniel Bensaid, quién ha calificado a *Terrorismo y Comunismo* como el peor libro del dirigente revolucionario.<sup>13</sup> Como decíamos arriba este periodo es de los más complicados en la historia de la actuación del dirigente revolucionario y no se limitan exclusivamente a la redacción y publicación del texto, sino a las implicaciones políticas, particularmente en lo que se dio a conocer como la discusión sobre los sindicatos. En la línea de *Terrorismo y Comunismo*, Trotsky presentó la propuesta de la militarización de los sindicatos –una especie de absorción estatal de estos– como una forma nueva de relacionar al estado revolucionario con organismos que debían transformarse ante las nuevas necesidades, particularmente las del aumento de la producción entorpecida por las numerosas huelgas que se daban, por ejemplo, en el sector de los ferrocarriles.<sup>14</sup> La propuesta de Trotsky eliminaba la posibilidad de que en los sindicatos actuaran fracciones comunistas y no comunistas, sino que simplemente estos pasaban a ser parte de la planeación estatal, perdiendo cualquier atisbo de autonomía, bajo la idea de que esta no era en realidad necesaria en la nueva situación abierta por la revolución. Como se sabe Lenin se opuso a la propuesta de Trotsky,<sup>15</sup> acercándose estrechamente a la posición de Stalin<sup>16</sup> e incluso a muchos podría sorprender el artículo de este último cuando aduce que en el plano de la producción lo que debe privar no es un método coercitivo (que identifica con lo militar), sino persuasivo (que identifica con lo específicamente sindical).<sup>17</sup> A partir de ahí este periodo de la actuación del dirigente revolucionario ha pasado a ser una pesadilla que se prefirió relegar. El propio Trotsky en su autobiografía prefiere mezclar el tema particular con las relaciones personales que sostenía con Lenin y tratando de cerrar el tema escribe: «El contenido político de aquella

discusión aparece hoy hasta tal punto envuelto en basura...».<sup>18</sup> De ahí para adelante el trotskismo no ha aclarado mucho. Por ejemplo Victor Serge, cercano, aunque crítico de Trotsky, dice que el error del dirigente revolucionario estuvo en el «exceso de su optimismo revolucionario»<sup>19</sup> de la propuesta. Ernest Mandel insiste en que Trotsky rectificó su posición en 1933,<sup>20</sup> aunque en una polémica con Nicolás Krasso –quien acusaba a Trotsky de promover la burocratización del estado por la vía militar– Mandel remite toda la discusión a una nota de pie de página.<sup>21</sup> Alan Woods y Ted Grant de igual forma desvían la discusión en una polémica que sostienen con Monty Johstone y se esfuerzan por hacer coincidir la propuesta de Lenin con la de Trotsky, pero sin afrontar el problema de manera directa.<sup>22</sup>

Quizá el que mejor lo haya hecho, es el trotskista francés Jean Jacques Marie. Si bien en una de sus primeras obras<sup>23</sup> elude absolutamente no solo el tema en específico, sino todos los sucesos entre 1920 y 1922, recompone su investigación tanto en su biografía sobre Stalin como en la del propio Trotsky, explicando –sin rechazar ni reivindicar– la necesidad de la escritura de *Terrorismo y Comunismo*, pero también la propuesta de militarización del trabajo en el contexto del fin de la guerra civil y de la necesidad de desmovilizar a grandes cantidades de combatientes que se encuentran bajo la amenaza de convertirse en verdaderos lumpen–proletarios. El propio Marie es quien más aporta en el conocimiento de la situación económica tan precaria y de lo que significaba en términos de producción–consumo para un pueblo agotado por la guerra civil y la intervención extranjera.<sup>24</sup> Habría que agregar que la historiografía estalinista o con un juicio menos severo sobre Stalin, no refiere en general a este punto como especialmente importante.<sup>25</sup> Es este el panorama de un texto olvidado, rechazado o ignorado por la propia corriente que se adhiere al nombre de Trotsky como símbolo de otra forma de construir el socialismo. Ante esto, la provocación de Žižek es reivindicarlo como un momento clave para la formulación del cualquier discurso comunista y nuestra tarea es reconstruir los elementos de aquella discusión para coyunturas más cercanas en tiempo y espacio a nosotros.



## II. Žižek, Trotsky y la necesidad de una política comunista

En el texto de Žižek sobre Trotsky no se puede dejar de apreciar el hecho de que este constituye una pieza clave en la formulación de una política comunista, tarea que el pensador esloveno ha venido elaborando de un tiempo a la fecha. Si uno quiere atender a las cuestiones filosóficas que el autor ha introducido al respecto debe poner atención en por lo menos tres de sus obras: *El sublime objeto de la ideología*, *El espinoso sujeto* y *Visión de paralaje*; pero si lo que quiere es participar dentro del complejo debate de la teoría política debe centrar la lectura en otros textos como *Repetir Lenin*, *En defensa de la intolerancia* y el texto del que ahora nos ocupamos. En estos tres trabajos, el autor vuelve a introducir temas que habían sido desplazados de la teorización política marxista contemporánea, al haber sido enclaustradas en lo que algunos llaman el «marxismo clásico», como forma de distanciarse y diferenciarse de quienes defendieron a la URSS como un intento de proyecto comunista: el partido, el interés de clase, el concepto de dictadura del proletariado, la hegemonía, y la lucha por el poder político.

56

Si en *Repetir Lenin* el autor comienza reivindicando una obra clave del marxismo, el *¿Qué hacer?* de Lenin, en el texto que ahora comentamos, vuelve sobre un trabajo tan polémico y fascinante como aquel pero de la autoría de Trotsky, como ya se ha explicado más arriba. No es casual la reivindicación de estas dos obras teórico-políticas para la discusión que apunta a restituir una política claramente comunista ante propuestas difusas como la del movimiento de movimientos y el post marxismo, que en aras de una política tolerante han aceptado los postulados de la democracia capitalista como la única forma válida de hacer política y la única forma de gobierno que permite llevar a cabo los intereses de las distintas sociedades. Por ello, en su presentación a *Terrorismo y comunismo*, apunta que el debate que entabla Trotsky con Kautsky sobre la democracia multipartidista

no se trata simplemente de democracia frente a dictadura, sino de la «dictadura» de clase inscrita en la forma misma de la dictadura parlamentaria.

Es importante detenernos en la consideración de Žižek sobre la democracia como una forma más de dictadura. El autor no solo apela a la acotación clásica de la dictadura como una forma de gobierno, sino sobre todo a que en ambas dictaduras, tanto la proletaria como la «burguesa», hay una violencia que es constitutiva del momento político o propiamente democrático. En este sentido, existe una paradoja dentro de la dictadura democrática-burguesa pues impone una violencia en dos sentidos: 1) cómo un momento igualitario de los que «sobran» y se constituyen como una universalidad; y 2) en la imposición de los mecanismos de representación; la paradoja consiste en que siendo estos dos elementos de la expresión democrática, los fundamentos de la política dentro de la dictadura democrático-burguesa funcionan como contenedores del acto político constituyente. Es decir, como elementos de la despolitización. Sin embargo, Žižek afirma que este mismo proceso pasa dentro de la imposición de la dictadura del proletariado, tal como se vivió en la Revolución Rusa. A pesar de ello se puede observar una diferencia en esta forma de dictadura con respecto a la democrática-burguesa pues la dictadura proletaria lo que intenta es politizar a las masas, es el «nivel cero» de la política donde se suspende la diferencia entre poder legítimo e ilegítimo, donde los usurpadores del poder no son las masas politizadas sino aquellos que detentaban el poder antes del acto de ruptura por excelencia: la revolución. El momento en el que la violencia divina instauro una justicia que impone su venganza y terror a otras partes de la sociedad. Otra diferencia que se puede observar es que la institucionalización no debe verse como la contención de la politización de las masas sino que debe intentar prolongarla, extenderla, y con ella instaurar un orden nuevo. Y aquí podemos señalar nuevamente lo importante que es el texto de *Terrorismo y comunismo*, pues nos dice Žižek que la instauración de ese nuevo orden por los bolcheviques no se encuentra en los años del 1917-1918, ni en la guerra civil de 1919, sino en los experimentos de los años veinte donde la obra de Trotsky constituye uno de esos experimentos de verdadera institucionalización de la revolución.<sup>26</sup>

## El Trotsky de Žižek: una provocación necesaria

Esta lectura de Žižek sobre Trotsky introduce en el debate político dos cuestiones cruciales para nuestro tiempo. La primera nos orienta a tratar de releer la historia del Estado comunista soviético desde su origen con el régimen de Lenin y el que se desarrolló con Stalin, pues existe una tradición historiográfica que señala una continuidad directa entre la política de estos dos dirigentes, parte de esa tradición se puede observar en la Historia de Rusia en el siglo XX de Robert Service, el cual nos dice lo siguiente:

Todos los dirigentes bolcheviques creían en el estado de carácter unipartidista, en el estado de ideología única, en la aplicación de una autoridad arbitraria legalizada y de terror como métodos de gobiernos aceptables, en el hipercentralismo administrativo y en el amoralismo filosófico [...] La especulación que sostiene que, en el caso de que hubiera sobrevivido Lenin, se habría establecido un orden más humanitario es difícil que encajara con este elenco de principios del bolchevismo en los que todos estaban de acuerdo.<sup>27</sup>

Sin tratar de mirar de manera ingenua el proceso y desarrollo del Estado soviético Žižek llama la atención sobre que:

no debería descartarse a priori la posibilidad de que si Lenin hubiese conservado la salud durante un par de años y depuesto a Stalin el desenlace hubiera sido enteramente diferente.

Esta acotación es importante pues en términos historiográficos impide ver una continuidad del proyecto leninista en el régimen stalinista. Y del lado político permite diferenciar el terror ejercido por un primer comunismo ruso encabezado por Lenin y un segundo terror encabezado por Stalin. Esta distinción nos permite situar el texto de Trotsky dentro de una línea más fina, pues entre los dos momentos del terror, aunque las diferencias sean sutiles, no dejan de ser importantes, pues nos dice el autor:

de la primitiva «dictadura bolchevique», que era abierta y transparente en su mismo ejercicio de la violencia (por eso también admitía abiertamente su carácter temporal, su estatus excepcional), pasamos a la dictadura estalinista, basada en su autonegación y, por consiguiente, en una mistificación básica.

La segunda cuestión, según nuestra lectura del texto, sería la siguiente: ya no basta con seguir hablando de la vuelta de Marx y los marxismos. Esto que parecía todo un amplio aspecto positivo dentro de la izquierda mundial y que tuvo como correlato la política cuasi anarquista del movimiento de movimientos, ha quedado desfasada dentro del nuevo avance de la derecha mundial (a pesar del mínimo avance de algunos Estados en América Latina con tintes de izquierda y vocación anti-imperial), que so pretexto de implementar una lucha antiterrorista ha convertido a los distintos Estados en verdaderas formaciones policiacas que impiden cualquier atisbo de una lucha más allá de los márgenes de la dictadura democrática-burguesa. Las consideraciones sobre el Estado autoritario hechas por Max Horkheimer nunca han sido más vigentes que hoy, sobretodo en la siguiente punto:

Por más grande y poderoso que sea un país, unos Estados Unidos de Europa, por ejemplo, la maquinaria de represión contra el enemigo interno debe encontrar un pretexto en la amenaza del enemigo externo.<sup>28</sup>

57

En este sentido, de lo que se trata no es solo de poner a debate las posibilidades de la resistencia, como en el movimiento de movimientos, sino pasar a plantear la actualidad y urgencia del momento revolucionario. El texto de Trotsky no solo representa la línea del comunismo de guerra sino también, y no es casual que el primer capítulo de *Terrorismo y comunismo* esté dedicado a ello, se enarbola como defensa del acto revolucionario contra el oportunismo que ve en este un acto antidemocrático por no ser algo sometido a votación o por no obedecer a las «leyes objetivas» del desarrollo de la sociedad: aquí se pondría en cuestión tanto la visión de las etapas (al supuesto feudalismo sigue un momento democrático burgués, de forma necesaria) pero también aquellas que reclaman actos como la disolución de la Asamblea Constituyente por parte de los soviets, ambas posturas heredaras en gran medida por la «bancarrotas» de la II Internacional. La revolución nos dice Žižek se legitima así misma:

Con Lenin, como con Lacan, la revolución *ne s'autorise que d'elle-même*: uno debe asumir la responsabilidad del *acto* revolucio-



nario sin ninguna cobertura del gran Otro; el temor a tomar el poder «prematuramente», la búsqueda de garantía, es el miedo al abismo del acto.

En estos momentos ya no solo basta con evocar la resistencia sino de reivindicar el acto revolucionario y con ello plantear una política claramente comunista. Lo cual nos obliga a hacer una revaloración de la Revolución de Octubre como:

El primer caso en toda la historia de la humanidad de revuelta exitosa de los pobres explotados: eran los miembros de nivel cero de la nueva sociedad, ellos marcaron la pauta. Contra todos los órdenes jerárquicos, la universalidad igualitaria llegó directamente al poder. La revolución se estabilizó en un nuevo orden social, se creó un mundo que sobrevivió milagrosamente, en medio de una presión y un aislamiento económicos y militares inconcebibles. Este fue efectivamente «un glorioso amanecer mental. Todo ser pensante compartió el júbilo de esta época.

58

Pero vayamos más lejos. Para Žižek hay cuatro antagonismos políticos que el capitalismo no puede resolver actualmente, a saber: la amenaza de una catástrofe ecológica, la radicalización de la propiedad privada llevada al extremo como propiedad intelectual, las implicaciones socio-éticas de los nuevos desarrollos tecno-científicos y, por último, la proletarianización mundial. Estos cuatro elementos tienen en común la auto-aniquilación de la humanidad. En el caso de la proletarianización el riesgo que corre la humanidad actualmente no es solo que pierda sus cadenas sino que pierda todo, que se vuelva una «subjetividad sin sustancia», ya que bajo la lógica capitalista imperante la amenaza que se cierne sobre el sujeto es que quede reducido al sujeto cartesiano abstracto y vacío, despojado de sus sustancia simbólica y expuesto a la manipulación genética, situación en donde *Un mundo feliz* de Huxley quedaría como una mera caricatura de una realidad que ha ido más allá. Mientras que dentro de la izquierda mundial la disyuntiva, nuevamente abierta, versa sobre optar por el socialismo o el comunismo. El primero quiere resolver los tres antagonismos mencionados olvidándose del cuarto, el de la proletarianización. Pero justamente

al optar por una política comunista el último antagonismo se vuelve el núcleo de los otros tres, el que le da su contenido subversivo. Nos dice Žižek que sin el énfasis en la proletarianización, como exclusión social y política, hasta Bill Gates y Rupert Murdoch son ejemplos de la filantropía y la lucha ambientalista. Es de esta manera que Žižek apunta que se vuelve necesario reivindicar la *Idea* del comunismo que encarne en una «comunidad orgánica solidaria».

Esta *Idea* del comunismo nos sitúa nuevamente en el paradigma «jacobino leninista» como principio de una política comunista, la cual tienen como fundamento la siguiente matriz: «estricta *justicia igualitaria*, *terror disciplinario*, *voluntarismo* político y *confianza en el pueblo*». <sup>29</sup> Elementos que por su constitución y desarrollo no pueden asumir las izquierdas post marxistas ni tampoco el solo paradigma de la resistencia global. Este es, desde nuestro punto de vista, el reto que Žižek ha configurado en sus determinaciones y sobre el que hay que expresarse.

### III. El trotskismo y su legado

Existe otro lado de la discusión que aparece un tanto alejado de lo hasta aquí expuesto, pero que es claro en Žižek: la desmitificación de la figura trotskista de Trotsky, para poder reivindicarlo en su esencial importancia. <sup>30</sup>

La elevación de Trotsky al mito fundacional de una corriente trajo serias consecuencias en distintos planos. Mencionaremos aquí los que nos parecen los más importantes: el intento de re-interpretación histórica que buscaba elevar a iguales a Lenin y Trotsky a pesar de las diferencias entre ambos, provocando, por ejemplo, que de este segundo se desecharan libros como el aquí citado *Terrorismo y Comunismo*, pero aún otros, poco «leninistas», como *Nuestras Tareas Políticas* <sup>31</sup> y en general a valorar más la obra de Trotsky en función de su cercanía con Lenin que por su propia aportación política, que, como dice Žižek es meritoria por sí misma.

También existió el afán de continuar una línea política, que repetidamente sustituyó el «análisis concreto de la situación concreta» por la repetición de consignas. Así, el movimiento trotskista dijo en realidad muy poco

sobre la naturaleza, desarrollo y destino de la Unión Soviética, pues para ellos estaba claro, desde la perspectiva dada por los textos de los años treinta, cual era la situación como si nada hubiese cambiado en el país de la revolución de octubre. No es casual que a finales del año 1990, Ernest Mandel en su libro *¿Hacia dónde va la URSS de Gorbachov?* equivocase el análisis y hable, por ejemplo, de «corrientes marxistas» al interior del PCUS y no avizorara lo que estaba por ocurrir apenas unos meses después —la desintegración total del Estado—, pues seguía comprometido con la caracterización de la URSS como un «Estado obrero deformado»<sup>32</sup> categoría formulada por Trotsky en otro momento y en otras condiciones. Semejante al *stablishment* académico dedicado al estudio de la Unión Soviética, el trotskismo contribuyó antes que al análisis del caso concreto, a lo que el recientemente finado Moshe Lewin denominó la «sobre estalinización» de los análisis de la escuela del totalitarismo<sup>33</sup> a propósito del bloque socialista:

A menudo las medidas represivas y terroristas han centrado la atención de los investigadores en detrimento de todo lo relacionado con los cambios sociales y la construcción del Estado.<sup>34</sup>

Para Lewin las consecuencias de esta postura, compartida por igual por la escuela del totalitarismo como por el trotskismo, han sido, igualmente, variadas: se descuidó el análisis de una población que crecía y se adaptaba, que demandaba y encontraba la forma de trabajar en un periodo de crecimiento económico, que habitaba masivamente las ciudades, que expandía sus relaciones sociales en un contexto de rápida industrialización, que aumentaba su población en posibilidad de acceder a la educación masiva y a la lectura, y un largo etcétera que tiene que ver con la vida en los países de la ex URSS, aspectos que nunca fueron abordados seriamente, pues se privilegió la denuncia antes que la investigación.

La escuela del totalitarismo se centraba en el carácter no liberal del régimen y el trotskismo se empeñaba en la insistencia en el fenómeno burocrático y en el sendero de los «Procesos de Moscú», aún cuando la investigación documental demuestra que las purgas stalinistas tuvieron como destinatarios los «cuadros medios» de la

burocracia: Stalin promovió y desechó en una terrible batalla a la propia burocracia, cuestión que los trotskismos, como corriente, no comprendieron, pues pensaron siempre que Stalin no era sino la expresión de esa burocracia, que, paradójicamente era sacrificada.

Pero si en términos de la vida cotidiana y de los procesos sociales al seno de la sociedad nacida de la revolución de octubre, se dijo en realidad poco, la cuestión se vuelve trágica cuando la «sobre estalinización» obscureció el análisis político y la toma de decisiones, al grado de que en los años ochenta, cuando el «socialismo real» se encontraba asediado por fuerzas reaccionarias, el trotskismo creyó ver en toda movilización opositora el prelude de «revoluciones políticas» encabezadas por los proletarios contra las burocracias y no el advenimiento de la contrarrevolución neoliberal. El privilegio de la consigna sobre el análisis les impidió comprender situaciones muy específicas, que no necesariamente se adaptaban a las consignas dadas por Trotsky en el *Programa de Transición*. Quizá el caso más dramático de esto fue el caso polaco, en donde el Sindicato Solidaridad fue visto como el prelude de la «revolución política» que efectivamente echó a la burocracia comunista, pero de ninguna forma tenía proyectada una radicalización del socialismo, ni la instauración de un genuino Estado obrero.

Es esto, en gran medida, lo que impidió su crecimiento dentro de las corrientes revolucionarias, aunque no cabe duda que fue, junto con el maoísmo, la tercera fuerza más importante dentro de lo que Guillermo Almeyra ha atinado a llamar *los otros comunismos*.<sup>35</sup> En el siglo XX, además de Francia, Grecia y Bolivia conocieron poderosas organizaciones de este tipo. En lo que va del siglo XXI, el trotskismo francés —el más importante hasta el momento— se ha disuelto en el Nuevo Partido Anticapitalista, desdibujándose seriamente, aunque con la pretensión de adaptarse a los tiempos que corren.

Sin embargo, a pesar de todos estos avatares, se tiene que decir que el trotskismo en el ámbito cultural e intelectual cumple con creces su función y su legado debe ser valorado positivamente, así como estudiado más en profundidad. Una gran cantidad de figuras que sería imposible mencionar en extenso, pero que recorren desde



la historia caribeña y latinoamericana (de C.L.R James a Luis Vitale), la crítica literaria (con Terry Eagleton), la filosofía política (de Frederic Jameson a Alex Callinicos), el arte (como Diego Rivera) hasta famosos y famosas novelistas (de Stieg Larsson a Laura Restrepo). El trotskismo como corriente cultural ha tenido un

fuerte impacto que valdría la pena no desechar, teniendo en cuenta sus limitaciones, y también sus potencialidades.

En cambio el Trotsky a reivindicar no es el de la consigna pre-fabricada, o el compañero fiel y sumiso a Lenin. Es, si, *el revolucionario que se atrevía a decir las cosas por su nombre.*

## 60

### Notas

---

1. Jaime Ortega Reyna es profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y doctorante en Estudios Latinoamericanos. Víctor Hugo Pacheco Chávez es egreso de la licenciatura en Historia de la misma facultad y miembro del proyecto «El programa de investigación modernidad/colonialidad como herencia del pensar latinoamericano y relevo de sentido en la teoría crítica» coordinado por el Dr. José Gandarilla Salgado

2. Desde nuestro punto de vista, la aparición de *Repetir Lenin* de Žižek ha abierto una ventana para la reflexión en torno a la figura de Lenin. Posterior a su publicación, han aparecido además: Lars T. Lih, *Lenin*; y del mismo autor *Lenin Rediscovered: «What is to be Done?» in Context*, ambos publicados por la Universidad de Chicago. En italiano apareció Fressu Gianni, *Lenin lettore di Marx*, la città del Sole, Napoli, 2008. En español tenemos Jean Jacques Marie, *Lenin*, Madrid, POSI; Jean Salem, *Lenin y la revolución*, Barcelona, Península; Philip Pompier, *El Hermano de Lenin*, Ariel, Barcelona; Slavoj Žižek, Sebastian Budgen y Stathis Kouvelakis, *Lenin reactivado: hacia una política de la verdad*, Madrid, Akal, 2010. También de forma pionera y con otras preocupaciones está Boron Atilio, «Actualidad del ¿Qué Hacer?» en Lenin, V. I, *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, Buenos Aires,

Luxemburgo, 2003. Aunque contemporánea a la aparición del libro de Žižek, también debe incluirse en esta lista el opúsculo anti-Lenin coordinado por Werner Bonefeld y Sergio Tischler *A 100 años del ¿Qué Hacer? Leninismo, crítica marxista y la cuestión de la revolución hoy*, Buenos Aires, Herramienta; y la crítica trotskista: Feijoo Cecilia y Gutierrez Gustavo, «Žižek y su Lenin posmoderno», en *Lucha de Clases*, No. 4, Buenos Aires, Instituto del Pensamiento Socialista.

3. Trotsky León, *Terrorismo y comunismo*, Madrid, Akal, 2010, presentación a cargo de Slavoj Žižek.

4. Todas las citas de Žižek pertenecen a Žižek Slavoj, «Terrorismo y comunismo, de Trotsky, o Desesperación y utopía en el turbulento año de 1920» en Trotsky León, *op. cit.*, pp. 5-43.

5. No entraremos aquí, en la muy local disputa de quién es o quién no es trotskista. Queda claro, como lo han expresados estudiosos del fenómeno político en cuestión, como Daniel Bensaïd o Jean Jacques Marie, que lo que llamamos trotskismo es un conjunto amplio y sumamente diverso de opiniones políticas. Entrar en la discusión sobre la ortodoxia de unos u otros es inútil para el fin que nos proponemos, pues esa pluralidad comparte el reconocimiento por el papel central de la práctica política de Trotsky.

## El Trotsky de Žižek: una provocación necesaria

6. Una reciente descripción de las múltiples guerras civiles producidas en este periodo se encuentra en Service Robert, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, pp. 110–127.

7. Cfr. Losurdo Doménico, *¿Fuga en la historia?*, Buenos Aires, Editorial Cártago, 2008.

8. Esta posición está expresada en la biografía de Lenin que hace Robert Service, cuando dice que este se convenció del final del comunismo de guerra cuando se dio la revuelta en la provincia de Tampov, aunque acepta que el propio Lenin investigó de viva voz la experiencia de los campesinos, Service Robert, *Lenin: una biografía*, Barcelona, Crítica, p. 484.

9. Poy Lucas y Scheinkman Ludmila, «El espejo del siglo. La revolución Rusa en la historiografía contemporánea: una guía de lectura», en Rieznik Pablo, *Un mundo maravilloso: capitalismo y socialismo en la escena contemporánea*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2009, pp. 81–110.

10. Concheiro Elvira, «El comunismo del siglo XX: algunas distinciones necesarias» en Concheiro Elvira, Crespo Horacio y Modonesi Massimo (coordinadores), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM, 2009, pp. 43–45.

11. Figes Orlando, *La revolución Rusa 1891–1924: la tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2000, p. 839.

12. Dicha polémica apareció en *El Viejo Topo*, No. 280, mayo de 2011, con textos de Losurdo, Guido Liguori y Jean Jacques Marie

13. Bensaid Daniel, *Trotskismos*, Barcelona, El Viejo Topo, 2007, p. 24.

14. El texto de Trotsky se titula «El ejército del trabajo en la Rusia de los Soviets» y está dividido en 31 puntos.

15. Lenin, «Sobre los sindicatos, el momento actual y los errores del camarada Trotsky» y «Una vez más acerca de los sindicatos, el momento actual y los errores del camarada Trotsky». En este último texto Lenin reprocha a Trotsky que su posición significa «un paso atrás en la esfera de las cuestiones puramente de producción, económicas, de las cuestiones relativas a cómo aumentar la producción...». Esta posición es sumamente paradójica pues han sido los trotskistas los principales críticos de los Partidos Comunistas (en Italia o Francia, por ejemplo) cuando estos optaron por apoyar la reconstrucción económica en la posguerra olvidándose de la reivindicación política, tal como lo hizo antes Trotsky. *Sobre los sindicatos*, Moscú, Progreso, s/f, p. 453.

16. Service Robert, *Stalin: una biografía*, Barcelona, Crítica, pp.184–185.

17. Stalin, José, «Nuestras discrepancias» en *Obras Completas*, Tomo V, México, Eda, 1978, pp. 4–15. Escribió Stalin: «Pero para conservar y fortalecer la confianza de la mayoría de los obreros, es preciso desarrollar sistemáticamente la conciencia, la actividad y la iniciativa de la clase obrera, es preciso educar sistemáticamente a la clase obrera en el espíritu del comunismo, organizándola en los sindicatos e incorporándola en la edificación de la economía comunista. Es evidente que no se puede realizar esta tarea empleando métodos coercitivos y «sacudiéndolos» a los sindicatos desde arriba, porque estos métodos dividen a la clase obrera...».

18. Trotsky León, *Mi vida*, México, Juan Pablo Editor, 1973, p. 482.

19. Serge Victor, *Vida y muerte de León Trotsky*, Argentina, El Yunque Editora, 1974, p.115.

20. Mandel Ernest, *El pensamiento de León Trotsky*, Barcelona Fontamara, 1980, p.76, nota 6.

21. Krasso Nicolás, «El marxismo de Trotsky», pp. 24–25 y Mandel Ernest, «El marxismo de Trotsky: una anticrítica», nota 20, p. 177. Ambos incluidos en *El Marxismo de Trotsky*, México, Pasado y Presente, 1977.

22. Grant Ted y Woods Alan, *Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2000, pp. 106–112.

23. Marie, Jean Jacques, *El Trotskismo*, Barcelona, Península, 1972. Como muestra de lo problemático, basta ver la cronología con la que abre su obra el historiador francés: salta de 1917 a 1923, como si en ese periodo no hubiese sucedido algo relevante, aunque matizado y con un poco más de información sobre esos crudos años, el cuerpo del texto también omite el periodo de 1920–1921.

24. Marie, Jean Jacques, *Trotsky: revolucionario sin fronteras*, Buenos Aires, FCE, 2009, pp. 231–249. Y Marie, Jean Jacques, *Stalin*, Madrid, Palabra, 2003, pp. 233–235

25. Martens Ludo, *Otra mirada sobre Stalin*, edición electrónica, [<http://es.scribd.com/doc/9822366/Otra-Vision-de-Stalin-Ludo-Martens>], Hermida Revillas, Carlos, «Cuestiones sobre Stalin» en *Revista Historia y Comunicación social*, No. 135–136, 2005 y Losurdo Doménico, *Stalin: historia y crítica de una leyenda negra*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011.

26. Robespierre, *Virtud y terror*, introducción de Slavoj Žižek, Madrid, Akal, 2010, p. 36–46.



27. Service Robert, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 157.

28. Horkheimer Max, *Estado autoritario*, México, Itaca, 2006, p. 49.

29. Žižek Slavoj, «Como volver a empezar... desde el principio», en Analía Hounie (comp.), *Sobre la Idea del comunismo*, Buenos Aires, Paidós, 2010, pp. 235–241.

30. Navarrete Manuel, «Trotsky no existe» en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=98272>, consultado el 18 de diciembre de 2010.

31. En este sentido de identificar a Lenin y Trotsky a pesar de las abismales diferencias que existieron en momentos determinados, Savas Michael llega a decir que: «Un nuevo y cuidadoso estudio del folleto de Trotsky, *Nuestras tareas políticas*, de 1904, puede demostrar fácilmente que no se trataba de una especie de «manifiesto menchevique» contra el *¿Qué hacer?* de Lenin» en «Lenin y Trotsky como dirigentes revolucionarios», *En Defensa del Marxismo*, No. 23, Marzo de 1999. Disponible en <http://archivo.po.org.ar/edm/edm23.htm>

62 Quien tomó en serio esto fue, sin duda, Alain Brossat en su ya clásico *EL pensamiento político del joven Trotsky*, Madrid, Siglo XXI, 1976, pp. 41–58.

32. El trotskismo no fue el único que discutió la naturaleza de la URSS, sin embargo en la confrontación con otras corrientes es visible la limitante empírica sobre la que reposaban sus argumentos, casi todos ellos venidos de la época de los años 20, véase la antología *Acerca de la naturaleza social de la Unión Soviética*, México, UAP, 1979.

33. El trotskismo tuvo una relación complicada con el término totalitarismo. El historiador Horacio Crespo alude a que es Trotsky quien utiliza el término desde 1936, apoyándose en fragmentos de *La revolución traicionada*, véase Crespo Horacio, «Para una historiografía del comunismo: algunas observaciones de método», en Crespo Horacio, Concheiro Elvira y Modonesi Massimo (coordinadores), *El Comunismo...*, p. 75. Mientras que Enzo Traverso alude a que el mismo Trotsky utiliza ese bagaje conceptual a partir de 1939, tras los procesos de Moscú y la firma del pacto germanosoviético, véase Enzo Traverso, *La historia desgarrada*, España, Herder, 2001, p. 91. Jean Jacques Marie en su *Stalin* asume el punto de vista del totalitarismo y lo equipara al nazismo (pp. 677–678). Otros como Bensaid critican el término véase: Bensaid Daniel, «¿Marxismo o «totalitarismo»?», en *Críticas de la economía política*, México, No. 30, 1986, pp. 38–78. La ex secretaria de Trotsky y crítica del trotskismo dominante, Raya Dunayevskaya, adopta el término para explicar el «capitalismo de Estado» imperante en la URSS, véase Dunayevskaya Raya, *Marxismo y libertad*, México, Juan Pablos, 1976.

34. Lewin Moshe, *El siglo Soviético: ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 94.

35. Almeyra, Guillermo, «Comunistas revolucionarios y socialistas silvestres en América Latina» en Concheiro Elvira, Crespo Horacio y Modonesi Massimo, (coordinadores), *El comunismo...* pp. 505–518.